



Francisco de Goya
San Ignacio de Loyola

Museo de Bellas Artes de Murcia

J. C. Loya

El museo de Bellas Artes recibe en esta ocasión el cuadro: *San Ignacio de Loyola* de Francisco de Goya y Lucientes. El propósito de la Consejería de Cultura y Portavocía es mostrar al ciudadano obras de primer nivel internacional, dentro del ciclo ***Grandes Maestros en el Mubam***.

El *Tápiiz de la casa Tudor* de Pieter Van Aelst, *San Francisco en Oración* de El Greco, *Corrida de Toros* de Picasso, y en esta ocasión *San Ignacio de Loyola* de Goya. Son obras que han desfilado dentro de ***Grandes maestros en el Mubam***, el objetivo de La Consejería es acceder a pinturas sobresalientes mejorando temporalmente la colección del museo y acercando al visitante obras, que a veces por distancia, o por pertenecer a colecciones privadas, como es este caso, no están al alcance de todo el público.

GLORIAM

San Ignacio de Loyola

La realización de esta obra de Francisco de Goya dedicada al fundador de la Compañía de Jesús, no termina de poner de acuerdo a los estudiosos de la obra del pintor aragonés en cuanto al año de su creación.

Mientras que Manuela Mena (jefa de conservación del siglo XVIII y Goya del Museo del Prado) y el historiador de arte José Rogelio Buendía la sitúan hacia el año 1775, José Luis Morales y Marín en su *Catálogo de la Pintura de Goya* editado por la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de Zaragoza en 1994 opina que la obra es algo más tardía, situándola en la década siguiente.

El cuadro se dio a conocer al público en 1978 de la mano del historiador aragonés y experto en la obra de su paisano José Camón Aznar mediante un artículo en la Revista *Goya*. Aun habría que esperar ocho años para que fuera mostrada por primera vez, sería en 1986 en la exposición “Goya Joven” realizada en el Museo Camón Aznar. En 2015 se volvió a exponer en Zaragoza en el Museo Goya - Colección Ibercaja en la muestra “Goya y Zaragoza (1746-1775). Sus raíces aragonesas”. También

en 2015, en el mismo Museo zaragozano se pudo ver en la exposición “Goya y la Virgen: sus imágenes de Zaragoza”.

El cuadro perteneció desde que salió del estudio del pintor a una familia argentina de origen navarro, los Ezcurra, hasta los años setenta del siglo XX.

Juan Ignacio Ezcurra (1750-1827) fue quien le encarga la obra al genio de Fuendetodos. El cuadro fue heredado por la hija de Juan Ignacio Ezcurra, doña Encarnación Ezcurra (1795-1838), esposa de Juan Manuel de Rosas (1793-1877). Posteriormente, a la muerte de Encarnación, el cuadro pasaría a manos de doña Gregoria Rosas de Ezcurra.

A principio de los años 70 del pasado siglo, la obra fue vendida en la casa de subastas Christie’s en Londres. Fue adquirido por un anticuario español, para posteriormente, y tras un periplo transatlántico de dos siglos, volver a Zaragoza.

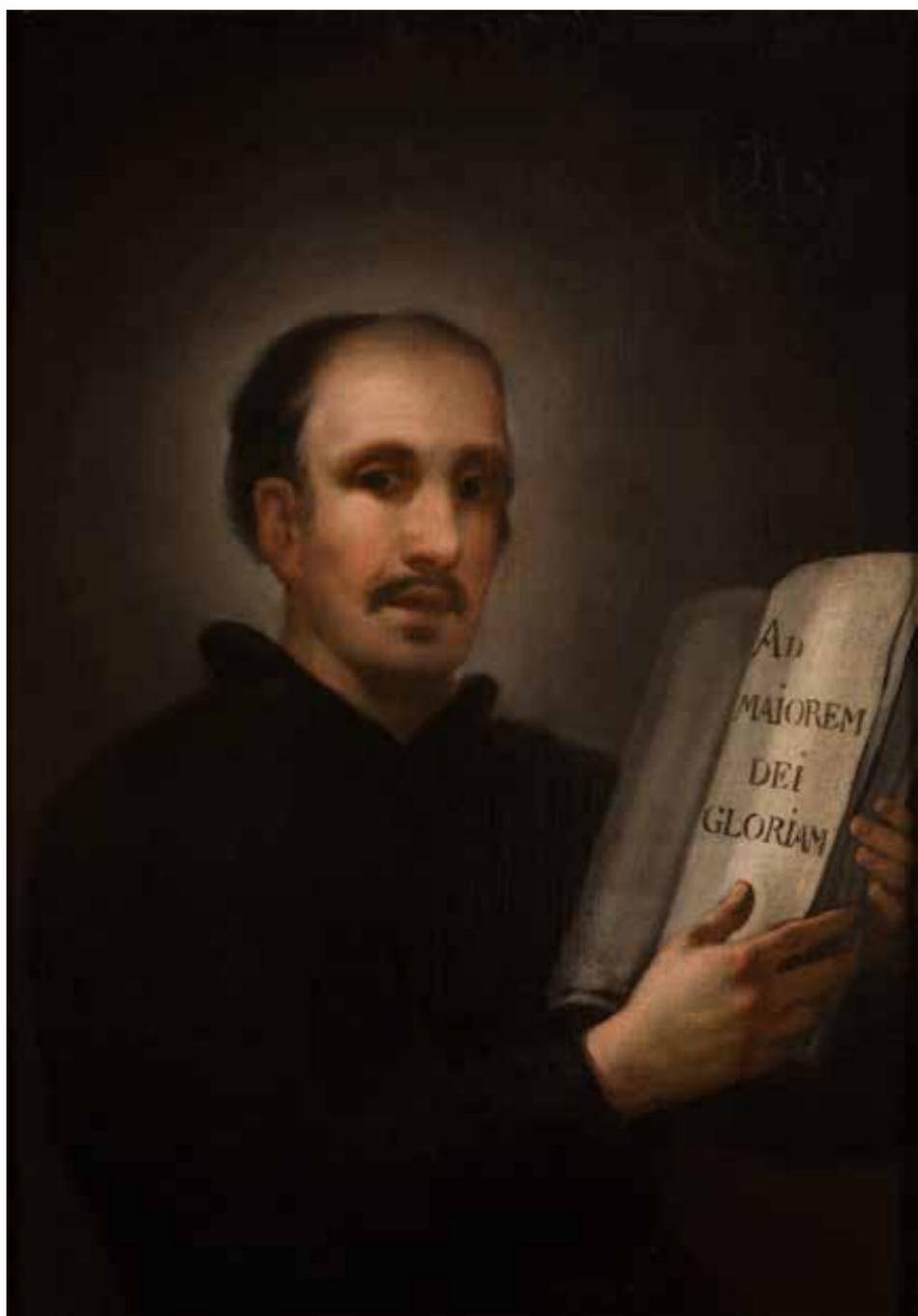
Para Camón Aznar, más que de una imagen devocional al uso, se refiere a la obra como un “retrato del santo”, dado la manera directa con que el artista plasma a San Ignacio de Loyola. La humanidad del santo queda patente, tratado



de manera muy cercana, con bigote y casi calvo. Destaca en el cuadro la luminosidad, tratada de manera genial, así como la maestría en la ejecución de lo que podríamos denominar unas manos perfectas. En éstas se vislumbran unas finas venas azules, características en Francisco de Goya. Destacaremos las zonas más iluminadas en contraste con aquellas en donde el artista ensombrece con un color más rojizo.

En el ángulo superior derecho se refleja el emblema (IHS) de la Compañía de Jesús. A un lado sostiene un libro con la frase *Ad maiorem Dei gloriam*, divisa de los jesuitas. Cabe destacar que los jesuitas fueron expulsados de España en 1767, hecho que no privó al artista de la realización de este encargo y de otros como *La muerte de San Francisco Javier*, *San Francisco de Borja* y *El moribundo impenitenteantes* de que se restableciera la Orden de Los Jesuitas en España en 1814.

1775-1780 | 85 x 57 cm | Óleo sobre lienzo | Colección Particular



Publicado en 1979, su reciente y acertada limpieza revela ahora con seguridad la calidad y forma de hacer propias del artista aragonés en fechas muy próximas a su marcha a la Corte o de los primeros momentos de su estancia en ella. La corporeidad que adquiere la figura ante el fondo abstracto, el realismo que la impregna y la emotiva expresividad del rostro, así como la seguridad en la aplicación de las pinceladas, mediante las que consigue la luz con precisión, son consecuencia de su evolución como artista tras el período de formación en Italia.

La luz presente en la obra parece provenir del halo de santidad, formado por sus sutiles círculos concéntricos de luz blanca cuya intensidad decrece a medida que se alejan de la cabeza y que iluminan fuertemente las zonas próximas a ellos, como el rostro, y especialmente la frente, la mejilla derecha y la nariz, la página del libro donde se incluye la divisa jesuita y la mano derecha, mientras que las zonas más apartadas del halo luminoso quedan casi en penumbra. La maestría de Goya en aplicar el color y las veladuras se advierte claramente en las manos del santo, conseguidas con pinceladas de color de gran precisión, en tono más rojizo en los dedos, que no reciben la misma cantidad de luz. En el caso de la derecha, se traslucen incluso las venas, al haber sabido reflejar hábilmente el artista la transparencia de la piel.

Manuela B. Mena Marqués

DICIEMBRE 2015 § FEBRERO 2016

SALA DE LA LOGIA

MUSEO DE BELLAS ARTES

MURCIA

